

TODO UN PERSONAJE



**CUENTOS FANTÁSTICOS
Y OTROS NO TANTO**

A mi nieto Diego con cariño

Llegué al hospital emocionada como cualquier “abeula” (como me llama él). Era el tercero de mis nietos pero el número no tiene importancia porque el curso de la vida sigue siendo un milagro. Un misterio maravilloso tanto si se trata del nacimiento de un niño como del de una flor. Al asomarme al cestillo blanco solo percibí un pequeño plumerito de cabello negro. Ante mi mirada de asombro Ágata, sonriendo, me dijo:

— “Debajo de la melena podrás ver su preciosa carita.”

Y en efecto, así era. En aquel momento dormía como un bendito, con apenas unas horas de vida y sin el sufrimiento del parto, ya que había nacido por cesárea, Diego seguía feliz en el dulce limbo de ese desconocido espacio que se encuentra antes de que nuestro raciocinio co-

mience a descubrirnos la vida real. Durante mucho tiempo, permanecí extasiada contemplando aquel pequeño ser encantador que parecía un muñeco de peluche. Dos líneas de pestañas larguísimas hacían presagiar la aparición de unos ojos enormes, y sus labios, diminutos y gorduzuelos, se movían constantemente intentando encontrar el alimento que acababan de retirarle bruscamente al separarlo del cuerpo de su madre. Desde aquel momento, han transcurrido ya catorce largos años de vida para Diego, y tan solo un suspiro de vida para mí. Porque el tiempo es así de caprichoso, un misterio insondable que solemos comenzar a valorar cuando nos queda poco.

Diego continuó durmiendo todavía unas horas, aquel primer día de su vida. Nada perturbaba su sueño a pesar del barullo natural que suele rodear un feliz nacimiento. La familia, ansiosa por conocer al deseado desconocido, entraba y salía sigilosamente en la habitación y toqueteaba sus manitas y fuertes piernecillas, pa-

ra terminar acariciando su lustrosa cabellera negra.

Se acercaba la hora de comer y poco a poco el murmullo de los visitantes fue aumentando su tono. Y, lentamente, el bebé comenzó a desesperarse en su cunita. Se sentía atrapado entre unas sábanas que en nada le recordaban la dulce placidez del vientre de su madre. Todos sus sentidos, independientes ya, lanzaron sus alertas. Sus párpados se abrieron y una suave luz hizo brillar dos grandes ojos negros. Unos minutos más y llegó el llanto, y resonó en la sala el clásico sonido del bebé sano y hambriento. Esta vez fue la otra abuelita la que se abalanzó sobre él para tomarlo entre sus brazos y entregárselo a su madre que ya estaba ansiosa por liberarse de la leche que rebosaba de sus benefactores senos.

Diego bebé había comenzado a tomar las riendas de su propia vida. Una vida, que al niño le gusta beber a grandes sorbos, pero que ha te-

nido que ir dosificando a medida que su fuerte personalidad se ha ido forjando.

Hasta los tres o cuatro años, todos sus impulsos y sus deseos eran imperiosos. Sus caprichos, sus apetitos y sus necesidades tenían que verse cumplidos en el mismo instante en el que su cuerpecito de niño las sentía, y si no se cumplían se rebelaba con la fuerza arrolladora de toda su envidiable vitalidad. Pero a la vez que esa vitalidad y esos impulsos se iban desarrollando poco a poco, crecía un cerebro extremadamente inteligente digno de una persona de más edad.

Ya desde que era un niño muy pequeño, su mirada penetrante y su extraordinaria seriedad me intimidaban, y nunca me atreví a hablarle de la manera tonta que solemos hablarles las personas mayores a los niños. Con el consabido "*cuchicuchi, el nene no etá*", me sentía ridícula. Así que, apenas había comenzado a balbucear sus primeras palabras, yo decidí tratarlo como si me dirigiera a un adulto y, por absurdo que parezca, la táctica me dio buen resultado. Diego me obedecía, me escuchaba con interés.

Su curiosidad por saber era infinita y absorbía mis enseñanzas con atención de adulto inteligente.

Sin embargo la vida pasa, y yo, desgraciadamente, me he quedado en el siglo anterior al de mis nietos. Mis hormonas, perezosas, dejaron de visitarme hace ya mucho tiempo y, por el contrario, las de Diego llegaron como un ciclón haciéndolo crecer de forma sorprendente. Las hormonas y el tiempo lo alejaron de mí.

Pero soy una "abeula" optimista y espero que a lo largo del camino que todavía nos queda por recorrer volvamos a encontrarnos muchas veces...

Playa de Valencia, julio de 2014